

*No pares. No tienen por qué encontrarte. Jamás te lo perdonarían. Nadie va a creerte. Nadie va a escucharte. Todos le creerán a él.* Nadie se imagina que alguien pueda hacer algo tan despiadado, únicamente por ¿ego?, ¿ira?, ¿narcisismo?, ¿orgullo? Esto no es un juego, pero si lo fuera, habría perdido en el momento en el que contesté aquel mensaje. O cuando acepté aquella salida, tras creermelo todas sus palabras bonitas y su falsa amabilidad. También podría haber sido cuando ignoré todas las señales que me estaban diciendo que le bloqueara, que no era alguien de fiar, pero que aún así, pasé por alto. ¿Por qué fui tan tonta? *Tonta, tonta, tonta.* La euforia de la juventud, quiero creer. Nunca imaginé que mi destino sería este. Corriendo en la fría noche de febrero, descalza, el vestido rasgado y sucio y con barro cubriéndome hasta las rodillas. El maquillaje emborronado debido a las lágrimas, la garganta dolorida tras los gritos (mejor dicho, ruegos), y el cuerpo temblando, aún en shock. Sentir la ausencia de mi ropa interior me recordaba continuamente lo que había ocurrido. Quería olvidar. Necesitaba olvidar. Me guiaba por el sonido del agua. La oscuridad, mi única testigo, me envolvía, puede que apiadándose de mí. No era capaz de escuchar nada, pese a que oía todo. *El agua. Sigue el sonido del agua y saldrás de aquí.* Mis piernas, repletas de rasguños, avanzaban cuanto podían, no podía detenerme a descansar. No sentía dolor. Notaba las ramas cortándome los pies, las zarzas enredándose en mis brazos y los insectos anclarse a mi piel. Nada de eso me importaba. No paraba de recordar todos nuestros momentos, desde el principio. Las charlas hasta bien entrada la madrugada, los videos graciosos que nos mandábamos para saber que nos teníamos en mente todo el tiempo, toda la información personal que me había concedido... Nada de eso era real. Donde vivía, mentira. Su nombre, mentira.

Su edad, mentira. Sus intenciones, mentira. Su relación conmigo, mentira. Cómo iba yo, una ingenua adulta (aunque todavía adolescente), imaginarse que de quién se estaba enamorando, realmente era alguien al que ya conocía muy bien. O tal vez no tan bien. Que esa persona que me prometía el mundo entero, que estaba pendiente de mí (demasiado), que se molestaba en hacerme reír... fuese la misma persona que cuidó de mí cuando era un bebé, que me alimentó cuando hizo falta, que siempre, siempre, estuvo ahí cuando necesitaba un hombro en el que llorar. Que esa persona que me acababa de destrozar la vida, fuese la misma que me hacía sentir viva. Llegué a la orilla del río, exhausta. Solo se escuchaba el silencio, acompañada de mi salvador: el cantar continuo y eterno del agua. Una vez mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, esta vez bañada por unos rayos de luna, me permití respirar. Profundamente. A lo lejos, divisé algo que caía del cielo. Algo pequeño. Apenas visible. Lento y elegante. Ligero. Una pluma. Me quedé embelesada observando su descenso, hasta caer en el río y se arrastrada. Ese momento me proporcionó paz. Después de eso, solo recuerdo el sordo sonido del vacío. Después, el agua del río se había cubierto de un tono rojizo. Mi sangre se la estaba llevando el río. Él había vuelto. Me había encontrado. Y consiguió acabar con lo que empezó.